



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Memoria, enseñanza y futuro: la historia militar como deber institucional

Discurso pronunciado por D. Miguel Ballenilla y García de Gamarra, con motivo de su ingreso como Académico de Número en la Academia de las Ciencias y las Artes Militares, el día 18 de septiembre de 2025.

Excelentísimo Señor Presidente de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares, mi general.

Excelentísimo Señor Jefe de Estado Mayor del Ejército.

Excelentísimas e ilustrísimas señoras y señores académicos.

Señoras y señores, familiares y amigos que hoy nos acompañan.

Saludo

Permítanme que mis primeras palabras sean de gratitud hacia los académicos que tuvieron la generosidad de proponer mi candidatura: el almirante Javier Pery Paredes, el capitán de navío José María Blanco Núñez y el coronel Enrique Domínguez Martínez Campos. A ellos debo, en gran medida, el honor que hoy recibo, y al último de ellos, además, la amistad y el gesto de aceptar acompañarme en este acto con su *laudatio*. Extiendo mi agradecimiento a todos los miembros de esta Academia que, con su voto, han hecho posible mi ingreso como titular de la medalla número 46.

Quiero también expresar mi satisfacción por compartir este día con el general de ejército Amador Enseñat y Berea, a quien felicito sinceramente por su nombramiento como académico de mérito. Es un privilegio que este acto nos reúna a ambos en la que ya es nuestra casa común: la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

Consciente del prestigio que esta Academia ha alcanzado desde su creación, expreso mi compromiso de contribuir, desde mi humilde aportación en la Sección de Historia Militar, a fortalecer su propósito fundacional: **saber, conocer y descubrir**, en beneficio de la sociedad española y del vínculo imprescindible entre la cultura militar y la Defensa Nacional. Aspiro a que mi trabajo como académico se sume a esa labor colectiva que la ACAMI desarrolla con tanto acierto, compartiendo y proyectando el caudal de saber atesorado por nuestras Fuerzas Armadas.

Introducción

Hablar hoy de historia militar no es un ejercicio de erudición para entendidos, ni un homenaje a la memoria por la memoria. Es, ante todo, una reflexión sobre una herramienta de trabajo esencial para quienes tienen la responsabilidad de decidir en la guerra y en la paz.

La historia militar acompaña a nuestra civilización desde Tucídides y Polibio, y siempre ha servido a un doble propósito: comprender el pasado, analizar el presente y orientar el futuro. Ha oscilado entre la narración y la norma, entre la memoria y la doctrina, adaptándose a los cambios políticos, tecnológicos y culturales que han marcado a cada época.

En este discurso quiero invitarles a recorrer tres caminos que confluyen en un mismo destino: fortalecer el pensamiento militar español a través de la historia.

Primero, repasaremos el desarrollo de la historia militar como disciplina, entendiendo su carácter híbrido y su evolución desde los clásicos hasta la “nueva historia militar” contemporánea.

Segundo, analizaremos cómo debe enseñarse esta historia a lo largo de toda la carrera de nuestros oficiales, adaptando objetivos, contenidos y métodos a las responsabilidades de cada etapa.

Y tercero, plantearemos la necesidad urgente de historiar el presente de nuestras Fuerzas Armadas, porque el legado que no se documenta a tiempo, se pierde.

Este no será un discurso para glorificar batallas ni para enumerar campañas. Será una reflexión sobre cómo la historia militar, enseñada con método y alimentada por un registro vivo de nuestra propia experiencia, se convierte en un recurso profesional, en un marco de pensamiento, en una orientación estratégica y, en definitiva, en un deber institucional.

¿Qué es la Historia Militar?

La historia militar acompaña a la historiografía desde sus mismos orígenes.

En el mundo clásico, Tucídides y Polibio establecieron una forma de narrar la guerra que iba mucho más allá de la mera sucesión de hechos bélicos. La presentaron como un fenómeno político y humano. Para ellos, la guerra no era un accidente pasajero: era un elemento constitutivo de la vida de las comunidades.

Ese enfoque combinaba lo operativo —las campañas, las batallas, las estrategias— con el análisis de las causas y las consecuencias del conflicto. Y esta manera de mirar la guerra, como parte integral de la historia, dejó una huella que se prolongó durante siglos.

En la Edad Media, las narraciones tendían a exaltar el valor, el honor y la providencia divina, aunque también dejaron testimonios de gran valor para la historia militar. En la tradición hispánica, el *Cantar de Mio Cid* —sin ser historiografía en sentido estricto— ofrece una representación muy rica de la guerra en la frontera cristiano-andalusí, reflejando la mentalidad militar y el papel simbólico del conflicto en la construcción de legitimidad y prestigio.

Con el Renacimiento y la Edad Moderna, la historia militar se vuelve más sistemática. La profesionalización de los ejércitos impulsa la redacción de informes y partes de campaña, tratados tácticos y manuales de instrucción. En este contexto, España aporta figuras como Sancho de Londoño, cuyo *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado* (1589) anticipa la historia militar normativa y doctrinal, y cuya reflexión sobre la experiencia de los Tercios revela una clara voluntad de codificación y perfeccionamiento a partir del pasado reciente.

Este impulso racionalizador llega a su madurez en el siglo XVIII, en plena Ilustración. Es la época en la que la guerra empieza a verse como algo que puede estudiarse con método, casi como una ciencia. Se buscan principios generales, reglas que funcionen, leyes del arte militar. La historia deja de ser solo un relato de lo que pasó para convertirse en una herramienta de análisis y de previsión.

En España, en ese mismo siglo, tenemos a un hombre que fue un adelantado a su tiempo: el Marqués de Santa Cruz de Marcenado. Entre 1726 y 1730 escribió sus *Reflexiones militares*, y lo hizo aplicando un “cientifismo” que, hasta entonces, no se había visto en nuestra tradición. Marcenado supo combinar teoría, experiencia y un espíritu reformador muy marcado.

Defendía, con toda claridad, que estudiar las campañas del pasado era esencial para el mando, con un argumento que todavía hoy tiene vigencia: aunque cambien las armas y las tácticas, la política militar y civil conserva sus principios fundamentales. Con ello, Marcenado no fue solo un teórico, sino uno de los más lúcidos defensores de una historia militar al servicio directo de la formación estratégica. Lo que, a finales del mismo siglo y principios del siguiente, practicó a fondo Napoleón.

Por ello, en este punto, conviene detenernos en una característica estructural de la historia militar: su tradicional condición híbrida, situada en la confluencia entre el relato del pasado y la doctrina del presente.

A diferencia de otras ramas de la historiografía, más delimitadas por criterios científicos y metodológicos, la historia militar ha oscilado históricamente entre dos funciones complementarias.

Por un lado, la función historiográfica propiamente dicha, centrada en describir, analizar y comprender los conflictos pasados con rigor documental y perspectiva crítica.

Por otro, la función normativa o tratadística, orientada a extraer principios útiles para la conducción futura de la guerra.

Esta última función fue la que motivó la introducción de los estudios de historia militar en las academias castrenses iniciado el siglo XIX, siendo pionera la de Berlín, rápidamente imitada por el resto de centros docentes militares europeos.

Durante siglos, estas dos funciones no se separaron. Muchos de los grandes tratadistas que hoy consideramos teóricos militares incorporaban extensos pasajes históricos como base de sus razonamientos. Guibert, Maquiavelo, Londoño o el propio Marcenado ilustraban sus ideas con ejemplos extraídos de campañas clásicas o contemporáneas. Y, del mismo modo, numerosos historiadores, como Villamartín en el siglo XIX, escribieron historia de campañas con una clara intención formativa: estudiar el pasado para preparar al oficial del presente.

Esta confluencia no era casual. Respondía a una necesidad esencial de todo saber aplicado: alimentar la reflexión teórica con la experiencia empírica. Y en el campo militar, la experiencia empírica es el combate; y su archivo, la historia.

Con la especialización y la profesionalización universitaria del conocimiento histórico, se trazaron fronteras más claras entre ambos géneros. El historiador reivindicó la objetividad y el rigor crítico, mientras que el doctrinario militar se centró en la sistematización de principios operativos y tácticos. Esta separación, que rompió la tradicional confluencia, sentó las bases para el posterior desinterés académico por una historia militar anclada en una sola de estas facetas.

Ya en el siglo XX, la experiencia traumática de las guerras mundiales y la utilización propagandística del pasado militar por regímenes autoritarios erosionaron el prestigio de la historia militar. Esto se vio reforzado por un creciente pacifismo que la identificaba con una apología del militarismo, especialmente en países con una fuerte tradición antimilitarista como Francia, Italia o España.

Paralelamente, nuevas corrientes historiográficas como el marxismo, la Escuela de los Annales (*École des Annales*) y el estructuralismo representaron un quiebre radical con la historiografía tradicional, centrada en la política, los grandes hombres y los eventos puntuales.

Este giro historiográfico abrió la puerta a una renovación, pero también relegó la historia militar clásica a un lugar periférico. Anclada en modelos narrativos tradicionales y en el culto al heroísmo, no se integró en los debates metodológicos contemporáneos y quedó confinada a medios castrenses y círculos de aficionados.

Este cambio de enfoque permitió comprender que los eventos militares no eran fenómenos aislados, sino que estaban profundamente entrelazados con procesos sociales, económicos y culturales. Como resultado, a partir de los años setenta, surgió una 'nueva historia militar' con un enfoque más interdisciplinario. La guerra comenzó a entenderse como un fenómeno total, que abarca no solo el enfrentamiento armado, sino también su construcción cultural, económica, institucional, emocional e identitaria.

Sin embargo, en España esta marginación académica se prolongó. Mientras que en buena parte de Europa la historia militar comenzaba a recuperar espacio gracias a autores como Michael Howard, Peter Paret, Geoffrey Parker, Jeremy Black y John Keegan, quienes fueron exponentes de la renovación a la que aludíamos, en España el contexto era distinto.

Entre los autores mencionados, John Keegan ocupa un lugar singular. En su obra *El rostro de la batalla* (1976), trasladó el foco a la experiencia del combatiente,

proponiendo una historia militar 'desde abajo' que dialogaba directamente con las nuevas corrientes de la historia social y cultural. Sin embargo, en España, la transición del franquismo orientó la atención académica más hacia el análisis del intervencionismo militar en la política —una herencia del convulso siglo XIX y del fuerte impacto de la Guerra Civil— que hacia el estudio del fenómeno bélico en sí mismo.

En tiempos recientes, ciertas interpretaciones de las leyes de memoria histórica y democrática han limitado el análisis historiográfico de determinados periodos y conflictos relacionados con las Fuerzas Armadas. Este contexto, más restrictivo que el de otros países europeos, ha contribuido a que la historia militar en España mantenga una posición académica periférica. Pese a este prolongado desplazamiento, se está experimentando un renacimiento notable de la historia militar gracias a la apertura de archivos, el respaldo institucional de entidades como el Ministerio de Defensa, la Real Academia de la Historia y los Institutos de Historia y Cultura, así como al trabajo sostenido de una nueva generación de investigadores. A este renovado interés se suma la labor de esta Academia de las Ciencias y las Artes Militares por generar un diálogo interdisciplinario con la historia del arte, el derecho, el pensamiento, la ciencia y la técnica.

Y así llegamos a la definición que propongo, fruto de toda esta evolución y renovación metodológica:

La historia militar es la disciplina historiográfica que estudia el fenómeno bélico en todas sus dimensiones —operativa, institucional, social, cultural y simbólica—, entendiendo la guerra no solo como conflicto armado, sino como una construcción política y una experiencia humana que incide profundamente en la evolución de las sociedades.

Esta definición se aparta tanto de la visión reduccionista que la limita al estudio técnico de las operaciones, como de la tendencia a diluirla en otras historias más generales. Su especificidad reside en su objeto —la guerra, los ejércitos, el hecho militar— y en su perspectiva integradora, que la convierte en un campo idóneo para el diálogo interdisciplinario y la comprensión global de los procesos históricos.

Sin embargo, este análisis nos conduce inevitablemente a una pregunta crucial: ¿qué hacemos con este bagaje? Porque la historia militar no es un fin en sí mismo, sino un instrumento que solo cobra sentido si lo aplicamos a una tarea concreta. Por eso, a continuación, quiero centrarme en un punto esencial: qué historia militar debemos enseñar a nuestros oficiales y cómo debemos hacerlo para que sea formativa, inspiradora y útil en el ejercicio de su mando a lo largo de toda su carrera.

¿Qué Historia Militar debemos enseñar a nuestros oficiales?

La enseñanza de la historia militar en las Fuerzas Armadas no puede concebirse como un adorno académico. Su función es más ambiciosa: formar el juicio, cultivar el carácter y proporcionar la profundidad de perspectiva necesaria para comprender la guerra en su totalidad. Como dijo Clausewitz, la guerra es un camaleón que adopta formas diversas según el tiempo, el terreno, la política y la tecnología. El pensamiento militar, por tanto, exige una adaptabilidad permanente, y la historia nos ofrece las referencias necesarias para ello.

Esa enseñanza no puede ser uniforme ni unidimensional. Debe adaptarse a las singularidades de los tres ejércitos, y también a las etapas de la carrera. En los primeros años, la experiencia y las responsabilidades de un oficial de Tierra, de Armada o de Aire son muy distintas. Sin embargo, a medida que avanzamos hacia el nivel de Estado Mayor y las responsabilidades estratégicas, las trayectorias tienden a converger. Por eso, la historia debe presentarse con un enfoque escalonado: cadetes, tenientes y capitanes; comandantes y tenientes coroneles; coroneles y generales. Cada nivel exige un enfoque propio en objetivos, contenidos y métodos. No se enseña igual la historia a quien combate que a quien planea, ni a quien asesora al más alto nivel.

Durante la formación inicial en las academias militares, el cadete vive una transformación profunda: pasa de la ciudadanía civil al compromiso profesional con la defensa de la nación. En esta etapa, la historia no debe aspirar a formar especialistas, sino oficiales con sentido del deber, entusiasmo vocacional y orgullo de pertenencia.

Es una historia viva, encarnada y ejemplar. No es el momento de las grandes síntesis estratégicas, sino de relatos breves y potentes que transmitan valores esenciales como el valor, la disciplina y el honor. Ese contacto humano con el pasado —a través de memorias, cartas o diarios— hace que la historia deje de ser un conjunto de fechas para convertirse en un espejo donde el cadete se proyecta.

En nuestras academias se imparte historia militar, pero lo hace con una presencia limitada y desigual. En la Academia General Militar, los alumnos reciben primero una asignatura de seis créditos de carácter general —Historia de España, Estado, Ejército y Sociedad— y, en paralelo, una de solo dos créditos específica sobre el Ejército de Tierra. El resultado es una panorámica extensa pero abstracta en el primer caso, y un repaso demasiado breve en el segundo, lo que deja poco margen para profundizar en la experiencia militar española y en los dilemas reales del mando. En la Academia General del Aire, la carga lectiva se sitúa entre tres y cuatro créditos, centrados sobre todo en la evolución tecnológica de la aeronáutica y el poder aéreo. Se trata de un enfoque valioso, pero excesivamente técnico, con

escasa conexión con la dimensión humana de la guerra y con los testimonios de quienes la han vivido. En la Escuela Naval Militar, la asignatura de Historia Naval apenas suma dos créditos y se apoya en manuales de carácter narrativo. Se transmite así un rico legado de tradiciones y gestas, pero sin dotar al guardiamarina de un método analítico ni de herramientas críticas para comprender los desafíos actuales.

El problema no es solo la escasez de horas, sino también el enfoque predominante. La enseñanza se imparte casi siempre en forma de clases magistrales, con evaluaciones centradas en exámenes, y apenas aparecen métodos activos como lecturas comentadas, análisis de casos o visitas a escenarios históricos. Los contenidos, demasiado panorámicos y académicos, no responden a las necesidades de quienes se inician en la carrera militar: el cadete no se motiva con grandes síntesis apresuradas, sino con ejemplos vivos y cercanos de valor, disciplina y juicio bajo presión. Lo esencial en esta etapa no es formar especialistas, sino despertar la curiosidad intelectual y la afición por la historia, para que cada oficial siga cultivándola y profundizando en ella a lo largo de toda su vida profesional. Solo así la historia dejará de ser un adorno cultural para convertirse en un hábito de estudio.

Al salir de la academia, el joven oficial entra en su etapa operativa. Es un periodo intenso, con liderazgo directo sobre la tropa, instrucción, gestión técnica de medios y presencia constante en el terreno. En este momento, la historia militar no compete con la vida de unidad: la enriquece. Su valor es triple. Primero, afina el juicio táctico, porque el estudio de acciones de pequeñas unidades bajo presión permite identificar patrones, virtudes y errores recurrentes. Segundo, aporta comprensión contextual: en los despliegues, entender la historia, la cultura y la política del lugar es tan importante como dominar la táctica. Y tercero, ayuda a construir visión de conjunto: aunque el teniente o capitán piense en su sección o compañía, empieza ya a formar parte de algo mayor.

De todo esto, de cómo la historia complementa la doctrina y la contextualiza, hay un ejemplo muy gráfico en la película *Cuando éramos soldados*. En ella, Mel Gibson encarna al teniente coronel Hal Moore, que antes de entrar en combate estudia tanto las capacidades de sus helicópteros como un libro sobre las guerras de Indochina. El mensaje es claro: la tecnología y la doctrina son necesarias, pero sin la referencia histórica están incompletas. Para esta etapa, la pedagogía debe ser práctica y ágil: estudios de caso, análisis guiados de combates, cápsulas históricas antes de ejercicios, fichas de lecciones aprendidas. Las nuevas tecnologías — seminarios en línea, pódcast temáticos— permiten que este aprendizaje sea compatible con la vida profesional y familiar. La historia se convierte así en un

recurso vivo para decidir con fundamento, liderar con criterio y anticipar responsabilidades futuras.

Con el ascenso a comandante, y sin olvidar las responsabilidades de mando que todavía ejercerá como teniente coronel, el oficial pasa de la acción directa al planeamiento, de la táctica a lo operacional, de la responsabilidad inmediata a la visión institucional. Lo que en sus primeros años le inspiraba en la pantalla el ejemplo de Hal Moore preparando el combate, ahora debe servirle como transición hacia un plano más amplio: del jefe de unidad al planificador de campañas, del análisis de un enfrentamiento concreto a la comprensión de un teatro de operaciones.

En esta etapa, la historia militar ayuda a entender la guerra como un sistema, a anticipar escenarios y a reforzar la cultura estratégica. Es el momento de estudiar campañas completas, de analizar operaciones conjuntas y de vincular lecciones históricas con la especialidad funcional de cada uno —operaciones, logística, inteligencia o ciberdefensa—. También es el momento de consolidar la formación de Estado Mayor, con metodologías más exigentes: seminarios comparativos, investigaciones aplicadas, simulaciones de asesoramiento al mando y producción de trabajos doctrinales. La historia se convierte así en herramienta cotidiana para planear y coordinar operaciones, aportando a cada decisión un anclaje en la experiencia acumulada de quienes combatieron antes.

En la cúspide de la carrera, el coronel y el general asumen responsabilidades de planeamiento operacional y estratégico, mando, asesoramiento político y representación ante la sociedad. Aquí, la historia adquiere su dimensión más alta: fuente de sabiduría estratégica y de legitimidad institucional.

En este nivel, permite comprender la lógica de los ciclos estratégicos, pensar en términos de disuasión e influencia, anticipar resistencias internas en procesos de reforma, articular discursos doctrinales y custodiar la tradición militar como conciencia activa del largo plazo. También obliga, y esto es clave, a ser impulsores y protectores del pensamiento histórico militar dentro de la organización. No hay política institucional sólida sin cultura histórica, ni transformación profunda sin comprensión del legado.

Aquí, la historia adquiere su dimensión más alta: los contenidos deben ser estratégicos y comparados: dirección de la guerra, transformaciones doctrinales tras derrotas o victorias, evolución del pensamiento estratégico desde la disuasión nuclear a la ciberguerra, relación entre poder militar y legitimidad política, y papel público del generalato.

La metodología ha de ser breve, exigente y directamente vinculada a las funciones del cargo, con especial aprovechamiento de herramientas digitales y asincrónicas: pódcast especializados, boletines con notas de historia aplicada, repositorios con precedentes históricos para retos contemporáneos.

La historia militar no es un lujo intelectual. Es, como recordaron el marqués de Santa Cruz de Marcenado, el general Kindelán y el general James Mattis, la base del juicio profesional y una exigencia moral del mando. Marcenado advertía que, cuando no hay tiempo para consultar, solo queda resolver recordando lo que hicieron otros generales en circunstancias semejantes. Kindelán señalaba que la guerra se aprende viviéndola o leyendo historia. Mattis, con crudeza, avisaba de que no leer significa aprender por experiencia propia o de los hombres bajo el mando... y eso es aprender por el camino más duro.

Un ejemplo revelador de cómo el conocimiento de la historia puede inclinar la balanza entre la victoria y la derrota lo vivimos en Cuba. En 1898, el general Ramón Linares optó por una defensa estática de Santiago, ignorando una lección clave que los españoles habíamos aprendido más de siglo y medio antes. En 1741, el gobernador Francisco Cagigal de la Vega había logrado frustrar el desembarco británico en la bahía de Guantánamo, impidiendo que consolidaran una cabeza de playa. Esa experiencia, olvidada por Linares, fue aprovechada por el general William Shafter, quien —siguiendo instrucciones del general Nelson Miles— desembarcó sin oposición en Daiquirí y Siboney, estableciendo rápidamente una base sólida con más de 6000 hombres en el primer día. Desde allí, lanzó la ofensiva que quebraría las defensas españolas en Santiago.

Paradójicamente, el desembarco estadounidense, desorganizado en sus primeras horas, fue brevemente contenido por un pequeño grupo de soldados que recogían el material de campamento de las unidades españolas replegadas por orden de Linares. No fue un golpe de suerte: Miles había estudiado las campañas británicas en Cuba en 1741 y 1761, extrayendo lecciones valiosas. Donde se ignoró la historia, llegó la derrota; donde se la estudió con atención, se alcanzó la victoria.

Por tanto, no es un asunto académico, es una cuestión de eficacia o fracaso, de liderazgo o irresponsabilidad. Y lo es más aún en una era en la que la inteligencia artificial entrará en el planeamiento y la toma de decisiones. Su potencial es indudable, pero fiarlo todo a ella es abdicar del juicio humano, pues ninguna base de datos podrá reproducir la combinación única de política, cultura, moral y azar de la próxima guerra. La historia enseña que la naturaleza de la guerra permanece, pero su carácter cambia; solo la creatividad humana, cultivada con el estudio del pasado, puede unir lo permanente y lo cambiante. No pedimos que todos sean historiadores, pero sí que nadie ejerza el mando o asesore sin la lucidez que da

conocer lo que hicieron otros antes. Esa lucidez es una deuda con la nación, con los subordinados y con la propia conciencia profesional. Hacer de la historia militar un eje formativo adaptado, exigente y conectado con la realidad no es un sueño, sino una obligación.

¿Qué Historia estamos escribiendo?

Hemos visto qué es la historia militar y cómo debe enseñarse a nuestros oficiales. Pero el valor de esa enseñanza depende de una condición previa: que exista un acervo sólido y accesible del que nutrirse. Sin fuentes vivas y completas, la reflexión estratégica pierde sustancia. Por eso, el siguiente paso lógico es plantear cómo garantizar que la historia de nuestras Fuerzas Armadas se escriba desde ahora mismo, sin esperar a que el paso de los años borre detalles o silencie testimonios.

Es lo que llamamos historiar desde el presente. Tradicionalmente, la historia militar se ha escrito con la distancia que permite el tiempo. Aunque ese enfoque sigue siendo válido, hoy es insuficiente. En un entorno geoestratégico volátil, la recopilación y análisis inmediato de la experiencia operativa es una necesidad estratégica.

En las últimas décadas, nuestras Fuerzas Armadas han participado en operaciones que, por su alcance y complejidad, forman parte ya del núcleo de nuestra historia reciente: Bosnia, Kosovo, Afganistán, Líbano, Mali, Irak, el Báltico, la Operación Balmis durante la pandemia, o la evacuación de Kabul.

Cada una ha implicado decisiones políticas, logísticas, tácticas y humanas de gran calado.

Sin embargo, gran parte de esa experiencia permanece dispersa en documentos operativos, informes, memorias clasificadas, testimonios personales o repositorios digitales sin orden ni integración.

Si no actuamos pronto, corremos el riesgo de que esta memoria —reciente, valiosa y aún viva— se diluya hasta volverse irrecuperable.

El problema se agrava porque una parte significativa de la gestión cotidiana de las operaciones se produce ya en entornos digitales de conservación limitada: correos electrónicos corporativos personales que no se archivan de forma sistemática, decisiones adoptadas en plataformas colaborativas efímeras, materiales gráficos o audiovisuales almacenados en dispositivos sin respaldo institucional.

Esa volatilidad amenaza con privar a los historiadores del futuro —y a nuestros propios analistas— de una base documental fiable para comprender lo que hicimos y por qué lo hicimos.

Esto exige mecanismos institucionales que garanticen la conservación de la correspondencia relevante, de los registros digitales y de todos los materiales generados durante las operaciones, integrándolos en un repositorio estable y seguro.

Este enfoque no es ajeno al mundo académico.

Desde hace décadas, la llamada *historia del tiempo presente*, consolidada en Francia en los años ochenta y adoptada por otros países europeos, estudia acontecimientos recientes cuya memoria sigue viva.

Su metodología combina historia oral mediante entrevistas grabadas, análisis de documentación no publicada, recolección de testimonios directos y uso de archivos de prensa y redes sociales como fuentes históricas.

Trasladada al ámbito militar, esta disciplina permite construir narraciones rigurosas y plurales de operaciones recientes, sin caer en la inmediatez periodística ni en la subjetividad del recuerdo individual.

No partimos de cero.

En nuestra propia tradición existe un precedente valioso: el “Depósito de la Guerra” nace en 1810, en plena Guerra de la Independencia, como dependencia del recién creado Cuerpo de Estado Mayor, con un mandato preciso: recoger, conservar y centralizar la documentación geográfica, topográfica y militar generada por los ejércitos, para alimentar el estudio y la planificación por parte del Estado Mayor.

Aquella sistematización en la recogida documental permitió sustentar la labor historiográfica, y pronto se comenzaron a redactar las historias oficiales de la Guerra de la Independencia, de las guerras carlistas y de otros conflictos del convulso siglo XIX. Sobre esa base surgirían también las comisiones históricas, como la que narró la campaña de Alhucemas en 1926, y, a continuación, la “Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos”, constituida en 1927 para redactar la historia de esas operaciones de manera global.

Incluso tras la supresión del Depósito de la Guerra en 1931, la Comisión continuó sus trabajos bajo el Estado Mayor Central, hasta que en 1939 el recién creado “Servicio Histórico Militar” asumió expresamente aquella labor.

Este antecedente demuestra que España ya comprendió, hace más de dos siglos, que la documentación inmediata y rigurosa de las operaciones constituye una auténtica responsabilidad institucional.

La experiencia internacional refuerza esta idea.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y el Reino Unido planificaron y ejecutaron programas sistemáticos de documentación, incluida la filmica y fotográfica, de sus operaciones.

En el caso estadounidense, esta mentalidad sigue vigente y se formaliza en la doctrina ATP 1-20 *Military History Operations*, que integra la recogida de material histórico —oral, documental, digital, sonoro y visual— en el planeamiento y ejecución de operaciones, y proporciona formación a determinados oficiales para el desempeño de estas funciones historiográficas encuadrándolos en cuarteles generales.

Aunque nuestras capacidades no sean comparables, sí podemos asumir sus principios esenciales: iniciar la documentación desde la concepción de la operación, planificar quién y cómo la realiza, y garantizar la preservación centralizada del material.

Para que esto sea posible, es necesario revitalizar los “Institutos de Historia y Cultura Militar”, y crear un organismo conjunto que sistematice la recopilación de la documentación generada en operaciones, evitando su dispersión o desaparición.

Los institutos no deben limitarse a custodiar el patrimonio y la historia antigua; deben recuperar un papel activo en la historiografía de las operaciones contemporáneas.

Podrían elaborar, con metodología histórica, relatos completos y documentados de la experiencia reciente, asegurando su preservación y disponibilidad futura.

Una tarea ineludible en este esfuerzo es fomentar que nuestra oficialidad escriba sobre su propia experiencia en operaciones. La reflexión escrita no solo enriquece el acervo colectivo, sino que ayuda al propio autor a comprender con mayor profundidad lo vivido y a transmitirlo con claridad a las generaciones siguientes. Otros países cultivan con naturalidad esta sana costumbre: abundan las memorias, diarios y testimonios que, sin pretender erudición, constituyen una fuente insustituible para el análisis táctico, operacional o estratégico, y para la formación de nuevos cuadros de mando. En España, por razones difíciles de explicar, esta práctica es todavía muy escasa y resulta excepcional encontrar obras personales de oficiales que compartan su experiencia profesional. Es necesario revertir esta

carencia, animando a nuestros militares a escribir durante su servicio activo, y, si ello no fuera posible, a hacerlo en la reserva o ya retirados. Porque lo que no se escribe, se pierde; y con ello se empobrece no solo la memoria de la institución, sino también la solidez de nuestra cultura profesional.

Historiar desde el presente no es un ejercicio estético. Es preservar la memoria, legitimar la acción militar, alimentar la doctrina, formar a los cuadros de mando y reforzar la cohesión interna.

Y en el contexto actual, es también ofrecer un relato riguroso frente a narrativas inmediatas, muchas veces descontextualizadas o distorsionadas, que circulan en medios y redes sociales.

En definitiva, historiar desde el presente es una apuesta por el futuro. Implica reconocer que la historia de nuestras Fuerzas Armadas no se construye sola, sino que exige una voluntad consciente de registrar, analizar y transmitir.

Es también una forma de justicia hacia quienes sirven hoy, asegurando que su esfuerzo y sus decisiones no se pierdan en el olvido. Porque cada operación, cada despliegue, cada sacrificio forma parte de un legado que merece ser comprendido y transmitido.

Epílogo

Señoras y señores,

La historia militar no es un lujo para espíritus curiosos ni un apéndice cultural de la profesión de las armas. Es una herramienta de juicio, una reserva de experiencia y una defensa contra la improvisación. Hemos visto cómo, desde sus orígenes, ha servido a la vez para comprender y para instruir; cómo su enseñanza, escalonada y adaptada a cada etapa de la carrera, puede moldear el carácter, afinar el criterio y ampliar la visión de nuestros cuadros de mando; y cómo, para que esa enseñanza tenga sustancia, debemos empezar ya a historiar el presente operativo de nuestras Fuerzas Armadas.

No se trata solo de formar oficiales con memoria, sino con perspectiva; no solo de conservar archivos, sino de asegurar que cada decisión, cada operación, cada sacrificio se integre en un relato riguroso y accesible, que sirva a la doctrina, a la cohesión y a la legitimidad institucional. Porque la historia militar, bien entendida, no es contemplativa: es activa, preventiva, constructiva.

La tradición nos enseña que quien ignora su historia está condenado a repetirla; la profesión militar añade una advertencia más severa: quien ignora su historia arriesga no solo su éxito, sino la vida y seguridad de quienes están bajo su mando.

Por eso, hagamos de la historia militar un compromiso real: enseñémosla con rigor, cultivémosla con método, preservémosla con medios, y utilicémosla con la misma seriedad con la que entrenamos, planeamos y combatimos.

Porque, en definitiva, conocer nuestra historia es la mejor manera de honrar a quienes nos precedieron, servir con lucidez en el presente y preparar con acierto el futuro de la defensa de España.

He dicho. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2025